

Marcelo Pogolotti

Defensa de un Guaguero

LOS lectores que recuerden nuestras andanadas contra los guagueros habrán de sorprenderse, sin duda, de que hoy emprendamos la defensa de ellos. Es más, estamos dispuestos a no circunscribirnos a un caso singular y hacer extensivas nuestras enhorabuena a gran parte del sector, aunque no a su totalidad, por cuanto quedan zonas del mismo que todavía dejan mucho que desear. Pero no nos duelen prendas para reconocer que ha mejorado la atención, si bien hay aún buen número de líneas cuyo servicio es sumamente defectuoso e irregular. No sabemos si es a consecuencia de cambios de personal o por mor de medidas disciplinarias más rigurosas, pero muchos estarán contestes en que los pasajeros gozan de mayor consideración ahora que hace un año. Aunque no somos partidarios de recurrir a las cesantías como castigo por el incumplimiento del deber, la dignidad de la especie humana saldría mejor parada si sus progresos no han de atribuirse al cuero. Todavía se da el caso ¡ay! de guaguas que no paran cuando se les hace la señal, pasando desdenosamente a todo escape junto al ciudadano inerme, sin parar mientes en que así lo condenan tal vez a esperar una hora de pie, con todos los contratiempos que esa demora innecesaria le puede acarrear. Tales choferes si merecen el despido, o por lo menos que se les obligue a permanecer una semana de pie en una esquina, respirando el gas hediondo de todos los transportes que pasen por allí. Pero, en general, es cuestión de ruta: las hay servidas por numerosos vehículos y bien aten-



MARCELO POGOLOTTI

didias. Otras ni siquiera son dignas de aldeas remotas en países salvajes. Bien es verdad que se siguen amontonando los pasajeros como ganado, pero por lo regular ya no se les trata como tal, empujándolos, comprimiéndolos y vejándolos sin miramientos. Los vehículos arrancan y se detienen con un poco más de cuidado. Con todo, mucho queda por hacer todavía. Pero, si bien es probable que nunca tendremos los limpios y silenciosos ómnibus eléctricos de Ginebra, con la misma exactitud cronométrica en la regularidad de la circulación, ni el quieto orden y la disciplina voluntaria del público ginebrino, se advierte un ligero progreso, el cual esperamos continúe.

A propósito del público, en este punto queremos traer a cuento el guaguero que motivó los presentes renglones. Se trata de un conductor pulcro, aliñado, cortés y de grato pergeño, incluso, y vale la pena señalarlo ya que no es cosa muy usual, bien afeitado. Tras de haber ayudado a una anciana a bajar, y como si sintiera la necesidad de disculparse por ello, se dirigió discretamente hacia nosotros, empezando a peyorar de esta suerte:

—Mire, señor, yo soy un hombre corriente, pero hago lo posible por atender bien al público. Creo que así resulta mejor para todos. Yo sé que los guagueros tenemos mala fama. Hasta cierto punto la merecemos, pero tampoco tenemos toda la culpa. Pero el público también —y perdone usted—, es muy grosero. ¿Se fijó usted en la joven que se apeó hace poco? Llevaba varios libros bajo el brazo, así que debería tener alguna educación. Sin embargo, ¿se fijó usted cómo me habló? Me pide la transferencia un momento antes de bajar y me arma un escándalo porque no se la entrego enseguida, en el mismo momento que me manda pagar. Yo soy un hombre corrien-

te, pero me daría cuenta de que el conductor tiene que atender a muchas cosas. Es que cada cual cree que es el único pasajero. Mire, ese señor vestido de blanco, con una artera. Debe ser un profesional o una persona de buena posición. Sin embargo, tiene la pierna alargada frente a la puerta y puede hacer caer a cualquiera que se vaya a apeaar. Pero si yo le pido por favor que recoja la pierna, seguro que me contesta con una serie de impropiedades. Lo mismo si le digo a alguien que no se pueden depositar bultos y canastas en el pasillo. Muchas veces, no ya los hombres, sino una señora, me ordena parar en un tono que ni es siquiera familiar sino despreciativo, o con un sonido que sólo se emplea con los perros. Yo soy un hombre corriente —repetía con cierto énfasis—, pero no me expreso en esa forma.

Claro está que, en principio, nos sentimos solidarios del público, vapuleado y maltratado sin piedad durante tantos años. Pero no deja de tener razón el conductor de marras. Los pasajeros se propasan e impacientan con frecuencia, a veces a causa de un justificado prejuicio contra los empleados. Pero se debe contribuir algo de una parte y otra, en bien de todos. Hay que evitar la salvaje empujadera, impropia de seres civilizados, para entrar en el vehículo y tener en cuenta la apabullante labor en un medio sofocante y ruidoso, que realiza el conductor; y éste debe comprender la satisfacción que se deriva de servir, el placer de complacer. Pero de todo esto se desprende algo de mayor trascendencia aún: un ideal de convivencia que entraña un profundo concepto social. Aunque muchos entre nosotros reputan democrático cierto tonillo familiar rayano en el desorecio, lo cierto es que la democracia se funda en un acendrado respeto a la dignidad humana.

M, at 24/54